

LOS PRIMEROS TRAZOS DEL NIÑO

Tilde Cocchini, colaboradora de Sofia Cavalletti y Gianna Gobbi, vivió su compromiso de catequista como una fiesta. Como siervo humilde, encontró un gran gozo al descubrir las increíbles potencialidades religiosas del niño y su capacidad para intuir profundamente el mensaje cristiano a través de dibujos “teológicos”, que ella examinaba con una visión conjunta de artista y catequista. Nos mostró estos dibujos como tesoros.

Tilde decía que: *“los signos que los niños empiezan a trazar quizás ya después del primer año de vida son llamados por los adultos: garabatos”*. No estaba de acuerdo con este término ya que en todos los idiomas tiene un significado negativo que da idea de un dibujo mal hecho o sin contenido, o, en el mejor de los casos, como una etapa previa al verdadero dibujo. Ella propuso que se les llamaran: *Primeros trazos*, pues son totalmente espontáneos y se presentan iguales en todos los niños del mundo.

Continúa explicando que se puede decir que: *“la expresión gráfica del niño comienza cuando al mover su mano en una superficie con un instrumento, se da cuenta de que hizo un signo, lo ve”*. También que es una manifestación del niño. En ella experimenta un placer motor pero también un placer visual. El darse cuenta es una actividad del cerebro. El niño ve que al realizar este gesto ha estimulado las actividades superiores del cerebro uniendo vista y mano.

Tilde Cocchini nos recuerda que para María Montessori, una conquista importantísima es la coordinación entre el desarrollo motor de la mano con el desarrollo visual. Cuando la mano – el ojo- y el cerebro se coordinan, indican una adquisición muy significativa en el desarrollo del niño. En Montessori la mano es vista como el órgano ejecutivo de la inteligencia, permite que la inteligencia se manifieste y también que el niño se relacione con el ambiente. Esta actividad de la mano unida al lenguaje sería una expresión intelectual que aspira al trabajo. La mano también la ve como una manifestación del yo interior.



Ella observó que entre los muchos trazos que los niños empiezan a hacer, son dos los que se repiten con mayor insistencia: trazos circulares como hilos enrollados en modo concéntrico y lineales hechos con muchos puntitos. Menciona que después de estos primeros trazos se le debe dejar al niño seguir trabajando libre y espontáneamente, para que encuentre nuevas posibilidades. Va a ir realizando variantes. Detrás de cada dibujo hay un enorme trabajo interior que le ha precedido.

Dice Tilde que, conforme pase el tiempo, irán haciendo los dibujos más complejos cada vez, sin ninguna intervención del adulto.

“No estamos acostumbrados a gozar de estas composiciones porque para nosotros adultos si un dibujo no representa algo real, no lo gozamos. Pensemos que cada dibujo ¡el niño gozó al hacerlo!”.



Bibliografía:

La expresión gráfica de los niños en el atrio, Tilde Cocchini. Boletín núm. 5.

